

Pero lo mas prodigioso y digno de nuestra atencion es la humildad de San Bernardo en medio de tanta gloria. Unas veces se niega á las Ilustres Iglesias que le eligen por Pastor: Otras veces, revestido por el Papa con el carácter de Legado universal en todo el orbe christiano, ofrece respetuosamente su dignidad á los Obispos, y no obra sino con arreglo á sus ordenes. Honrado en Claravál con la visita de un soberano Pontifice, conserva entre sus Religiosos un aspecto tranquilo y sosegado, y casi parece insensible á un honor tan nuevo. Finalmente aunque no trata con los hombres sino para fixar su conversacion en el cielo, se queja continuamente á sí mismo, y á sus amigos de la distraccion de su vida: Yo no vivo, decia, ni como Eclesiástico, ni como Lego, y ya há mucho tiempo que no hago vida religiosa, aunque traigo el hábito de tal. ¿Pues qué soy? Estos son los pensamientos de temor y humildad de que siempre han estado acompañadas las heroicas acciones de los Santos.

DIA DE S. LUIS REY DE FRANCIA.

Division. Nos figuramos la virtud como una flaqueza de ánimo que ó deshonra á los Grandes, ó hace á los hombres incapaces de los grandes puestos: Primer error: Nos parece que la elevacion permite un género de virtud mas cómoda: Segundo error. I. San Luis al contrario, halló en la virtud la raíz de todas aquellas heroicas prendas que le hicieron el mayor Rey de su siglo. II. Halló en la dignidad de Rey nuevos empeños para animarse á cumplir con las mas austéras obligaciones de la virtud.

I. Parte. La piedad de San Luis, raíz de todas sus grandes prendas.

El mundo, siempre injusto, mira la virtud como suerte

de almas flacas, y de poco espíritu: pero la virtud es el mas heroico esfuerzo del corazón, y el uso mas noble y prudente que se puede hacer del entendimiento. Una alma exercitada en la vida de la fé, no conoce empresa que la parezca superior á sus fuerzas, y el justo posee en la realidad todas las grandes virtudes, cuya sola reputacion é imagen tienen los Heroes mundanos. Para que el mundo quedase convencido de una verdad de tanto honor para la fé dió la providencia un San Luis á la Francia: Dios establece á los Reyes sobre los pueblos para que los defiendan y amparen en la guerra, ó para que los hagan felices en la paz. Jamas hizo el amor á la fama que resplandeciesen tanto en otros Principes las virtudes pacíficas y militares, como las hizo resplandecer la fé en nuestro Santo Rey.

I. Las virtudes pacíficas: Se hizo amado de su pueblo por su afabilidad, temido del vicio por su equidad, y estimado de la Iglesia por su religion. II. Se hizo amado de su pueblo por su afabilidad: El agrado es la primera virtud de los Reyes, la fortaleza y apoyo del trono: Los Reyes solamente son poderosos para ser benéficos; solo reynan verdaderamente en quanto son amados. San Luis, criado con estas máximas, hizo de ellas su principal ocupacion: en los Reynados anteriores, y en las turbaciones inseparables de una menor edad, que dura mucho tiempo, casi aniquilada la Francia habia padecido aquellas calamidades, en que la salud de los pueblos hace irremediable la duracion de las cargas públicas: Nuestro santo Rey la restituyó con la paz, la alegría y la abundancia. Los Franceses vivian felices, y baxo el dominio de un Rey tan bueno nada tenían que desear para sus hijos mas que un sucesor que le fuese semejante. Pero no contento San Luis con atender á las necesidades de los particulares, puso especial cuidado en remediar las miserias públicas, y aún precaverlas: ¿Quántas casas santas dotó? ¿Quántos lugares de misericordia levantó con

sus liberalidades? ¿Quántos establecimientos útiles emprendió con su cuidado? Era inútil que le representasen que estos dones excesivos agotaban sus caudales, y podían ser nocivos á otras necesidades mas urgentes: Mas vale que se consuman, respondia, en socorrer á los pobres, cuyo Padre soy, que en profusiones y vanas magnificencias: sacaba de los caudales destinados á su subsistencia el fondo para socorrer á los infelices: ¡Qué exemplo este para confundir las barbaras excusas que la clase y el nacimiento suelen oponer á las obligaciones de la misericordia! De este modo nuestro santo Rey hacia feliz á su pueblo con su piedad y afabilidad. Era accesible para todos, sin negar ni aún al mas inferior de sus vasallos el gusto de ver á su Soberano; muy distinto en esto de aquellos que revisten la autoridad con un rostro severo é inaccesible, de modo que los oprimidos tienen por su mayor desgracia la necesidad de presentarse delante de aquel de quien esperan la libertad.

Pero la afabilidad sola seria peligrosa en los cargos públicos, si no estuviera acompañada de una justa severidad: pero no ignoró esto nuestro Santo Rey: Las guerras civiles, la debilidad de los reynados anteriores, y aún la misma ignorancia y corrupcion de aquellos desgraciados tiempos habian confundido en el reyno la magestad de las leyes con la libertad de las costumbres. La autoridad pública estaba en manos de unos hombres corrompidos, que abusaban de las leyes; todas las ciudades estaban llenas de una tropa de Histriones, que mezclando hasta los santos mysterios de la Religion en sus torpes é incidentes espectáculos, representaban sin vergüenza unas obscenidades, á las que esta confusion impía y ridícula hacia aún mas sacrilegas, y de este modo corrompian los pueblos. De esto nacia un espantoso desorden de vicios: El Santo Rey se persuadió á que para unos males tan grandes era preciso aplicar grandes remedios. Se prohibieron los espectáculos, como pecaminosos, con las mismas leyes del es-

tado, y los Cómicos fueron declarados infames, y desterrados del reyno, como pública peste de las costumbres y de la virtud; despues de haber establecido estos útiles reglamentos, que tanto honor hacen aún el dia de hoy á la Jurisprudencia del reyno, eligió personas íntegras y doctas que asistiesen con él á la justicia y á los juicios, y restableció por este medio la magestad de las leyes, y el buen orden de las costumbres públicas.

Limpio, pues, nuestro Santo Rey el estado con la severidad de sus leyes; ¿pero cuáles fueron sus cuidados para restablecer el culto y santidad de los Altares. Quando los Franceses conquistaron las Gaulas, llevaron á ellas consigo una especie de barbarie y ferocidad, inseparables de una nacion guerrera; y aunque la religion, que subió al trono con el gran Clodoveo, introduxo en él la clemencia y la humanidad, no por eso suavizó del todo el espiritu ardiente y sangriento de la nacion; por eso, aunque la Iglesia de Francia ha sido siempre célebre por su doctrina y piedad, no dexaban de verse algunos Pastores, que mas pensaban en pelear contra sus vecinos, que en instruir y edificar á sus pueblos; de esto nacia la ignorancia, la relaxacion, el olvido de las leyes, y el desprecio de la disciplina; y no obstante los remedios que se habian procurado aplicar en los reynados anteriores, no estaba bien cerrada la herida quando subió al trono nuestro Santo Rey; pero hecho cargo de que los Reyes están establecidos por Dios para proteger y dilatar el reyno de Jesu-Christo en la tierra, miró los intereses de la religion con el mayor amor y cuidado; conoció desde luego que la raíz de los males de la Iglesia se halla siempre en la incapacidad y desorden de los que ocupan en ella los primeros puestos, y asi empezó á restablecer la santidad y magestad del Santuario, colocando en las primeras Dignidades Ministros fieles, sin atender al nacimiento, á las pretensiones, ni al favor; los honró con su familiaridad,

y los hombres más ilustres de su siglo en doctrina y santidad iban casi todos los días á aliviarle de los cuidados del reyno con unas conversaciones santas, ó á ayudarle con consejos útiles.

2. Las virtudes Militares: No falta quien diga que las máximas del Evangelio no se acomodan á las del Gobierno. Este engaño consiste en que miramos á la virtud como suerte de las almas flacas y cobardes, y nos parece que las virtudes Militares que suponen valor, intrepidez y elevacion, no se pueden juntar en el corazon con el amor tierno de la caridad, y con la paz y suavidad de la inocencia; como si para ser valientes fuera necesario ser viciosos, siendo así que el más seguro valor es el que nace de la virtud: por eso en nuestro piadoso Monarca no se distingue el Heroe del Santo; á la frente de sus tropas no parecía aquel Rey pacífico y clemente, sino un Heroe cuyo valor se aumentaba á proporcion del peligro, mas magnánimo quando era derrotado, que quando quedaba victorioso; terrible para sus enemigos aún quando le tenían cautivo. Elevado á un trono debilitado por su menor edad, y por las turbaciones que habian acaecido, ¿con qué valor no restablece su gloria y su magestad? Es imposible referir aquí las heroicas acciones que le hizo emprender su valor en aquella guerra, tan famosa por las desgracias que le sucedieron, y por la fé que en ellas manifestó; y así se infiere que la virtud es la raíz del verdadero mérito, y la que únicamente forma las grandes prendas, porque ella sola nos hace obrar con arreglo á grandes principios.

II. Parte. San Luis halló en la dignidad real nuevos motivos para animarse á cumplir con las más austeras obligaciones de la virtud. Comunmente se cree en el mundo, que la extrema desproporcion que se halla entre las obligaciones de una vida christiana, y las costumbres inseparables de la grandeza, debe moderar á favor

vor nuestro la austeridad de las santas reglas: A una ilustracion tan comun opuso San Luis las ideas de la fé, y conoció, con San Ambrosio, que quanto más habia recibido, más se le habia de pedir, y que siendo infinitos los peligros del trono, casi irreparables las faltas, y absolutamente necesario el exemplo del Soberano, necesitaba más vigilancia para conservar en él pura su alma, y más mortificacion para expiar en él, además de sus propias flaquezas, tantas culpas ajenas; y finalmente más fidelidad en el cumplimiento de las obligaciones domésticas para servir en ellas de modelo á su pueblo.

Se persuadió á que necesitaba más vigilancia para conservar en él su alma pura, y arregló su vigilancia por la multitud de sus peligros: regularmente, luego que los Grandes se olvidan de Dios no ponen límites á su libertad: nuestro Santo Rey se figuraba como monstruos las faltas más leves, y como él solia decir muchas veces, la pérdida de su reyno le hubiera parecido ganancia, si con ella hubiera podido evitar un pecado mortal: añadió á este horror á la culpa los remedios y precauciones contra ella: la adulacion es el escollo de los mejores Principes, las lenguas mercenarias de que están rodeados los presentan siempre sus vicios baxo los lisonjeros colores de virtud; el Santo Rey no tuvo aduladores, porque no amaba sus culpas; rodeado de muchos amigos Santos y fieles, los miraba como arcencensores de su conducta, y los más sinceros eran á los que más estimaba. Se persuadió á que tenia necesidad de más mortificaciones para estar siempre expiando las faltas, ó inevitables, ó ignoradas: Un gran puesto, que nos constituye superiores á los pueblos, nos hace responsables en la presencia de Dios de la suerte de las ciudades y provincias; de todo el mal que en ellas se hace, y de todo el bien que se dexa de hacer: lleno el Santo Rey de estas ideas de la fé, en vez de desvanecerse con el resplandor que rodea al trono, vivia asustado con los inmensos cui-

dados y obligaciones que se ocultan baxo su engañoso resplandor: castigaba en su propia carne los públicos desórdenes, mirando los pecados de su pueblo como pecados propios suyos, y creyendo que estaba obligado á expiar lo que no podía remediar, y unos miembros que nunca habian servido á la iniquidad, servian á la justicia y á la penitencia, lo que no nos atrevieramos á pretender en los Grandes, aún despues de los mayores excesos: ¿Quántas veces en las públicas calamidades vió esta ciudad capital á nuestro Santo Rey, atravesando las calles, cubierto de ceniza y de cilicio, ir á implorar públicamente en nuestros Templos los socorros del cielo, y mirarse como la única causa de las públicas desgracias? Estas eran unas expresiones de humildad en boca de San Luis, pero debieran ser las mas freqüentes disposiciones de las personas que se hallan elevadas, pues las desgracias de los pueblos casi siempre son efecto de los pecados de los grandes: ; pero que distantes se hallan de esta confesion!

3. Se persuadió á que tenia necesidad de mas fidelidad para servir de modelo á su pueblo. Los exemplos de los Grandes casi siempre deciden de las costumbres públicas: 1. Por vanidad. Nos parece que imitando sus costumbres participamos de su grandeza y nacimiento: 2. Procuramos imitar á los Grandes por condescendencia, por temor, y por interés; y asi los que se hallan mas expuestos á la vista del público son mas deudores por su clase del espectáculo de una vida pura é irreprehensible: por eso aún el dia de hoy estamos admirando en San Luis las qualidades de un gran Rey, juntas con todas las virtudes de un simple fiel; fuera de aquellas ocasiones en que no podia evitar la pompa, excedia aun á sus mismos vasallos en la sencillez del vestido, y en la frugalidad de la mesa, enseñandonos que las pasiones de los hombres, y no su clase ni su dignidad, son las que han hecho necesario el luxo y las profusiones: quando era preciso defender los derechos del Imperio, y la magestad del tro-

no, se le veía lleno de un noble valor; pero al acabar con estas funciones se le veía tambien, ya presentar al pie de los Altares la compuncion y humildad de un penitente, ya postrarse á los pies de los pobres, y servirles con sus propias manos, ya dar él mismo sepultura, en medio del contagio, á los Soldados que habian muerto por la gloria de Jesu-Christo: pero no solamente era exemplo de sus pueblos, sino tambien modelo de los Padres de familias; virtud muy rara entre los Grandes, pues sucede pocas veces que cumplan exáctamente con esta obligacion particular, que se oculta á los ojos del público, y se reduce precisamente á los cuidados domésticos: los cuidados de un tan dilatado reyno no sirvieron de estorvo á nuestro Santo Rey para que de su Palacio hiciese una Iglesia domestica, en la que se invocaba al Señor, y de la que manaban para todo el reyno fuentes de vida y de virtud. De este modo, tanto con su exemplo como con su doctrina, inspiraba en tiempo oportuno el temor de Dios á Philipo su primogenito, y á los demás Príncipes sus hijos.

Este fué el Santo Rey cuya vida he compendiado para formar su panegyrico: Una tierra extranjerera recibió los últimos súspiros de este Principe, mas fatigado con las austeridades de una vida áspera y penitente, que con las fatigas de la guerra y de sus viages.